



ROSTROS DE PIEDRA



La metáfora de los aforismos como piedras tiene, para mí, diversas asociaciones. Una piedrecita en el zapato que incomoda el caminar tranquilo, un guijarro que nos golpea la cara y nos despierta, un gigantesco monolito en el desierto que no lo destruye el sol, un meteoro que cae incendiado desde el espacio exterior. Los aforismos son criaturas pequeñas y sólidas, que permanecen en el silencio de la mente y pueden ser evocados en los momentos de desconsuelo o de incertidumbre. Mi pasión por el género aforístico nació en la adolescencia. Cayó en mis manos, por azar, un delgado libro titulado *Pensamientos descabellados* de un autor desconocido y de nombre impronunciable: Stanislaw Jerzy Lec. La editorial era la bonaerense Carlos Lohlé, la misma que había editado los poemas de Gonzalo Arango, y el año de publicación era 1977.

Ahí nació una adicción que no ha disminuido con los años. Al contrario, se incrementa día a día, porque los aforismos se degustan mejor con la edad avanzada, cuando nos podemos dar el lujo de comenzar a deambular despacio y sin rumbo definido por la vida. Los grandes aforistas son mis amigos más cercanos y los releo sin cansarme: Lichtenberg, Joubert, Canetti. Pero también la experiencia me ha enseñado que la dimensión del aforismo tiene que ver con la vida real de las personas en sus momentos cruciales. Durante mis veinte años de atender enfermos en estado terminal descubrí que un signo premonitorio de la muerte aparecía dos o tres semanas antes: todos dejaban de hablar por hablar, tratando de llenar con discursos los silencios. Surgían entonces otro tono y otro ritmo: lo que decían era serio o irónico, pero definitivo, veraz, breve. Los medievales descubrieron que las “voces del moribundo” eran revelaciones y legados para los vivos.

Los aromas de la parca apagan la locuacidad y quedan solo las palabras esenciales, hondas, impregnadas de sinceridad. El pensamiento

aforístico brota con la conciencia de la inminencia de la muerte y cada instante puede ser el último, ejercicio espiritual que desarrollaron los estoicos en Occidente y que elevaron a la perfección estética los poetas chinos y japoneses con los maravillosos *jisei*, que son *haikus* que se escribían como si fuesen el poema final. Los escritores y los lectores de aforismos sabemos de la brevedad y no en vano el aforismo más famoso lo escribió el padre del género, el gran Hipócrates, quien expresó en su libro: “La vida es breve, el arte es largo, la ocasión fugaz, la experiencia engañosa, el juicio difícil”.

Estos aforismos los he escrito, con la lentitud del elefante, a lo largo de mi existencia. Tal vez uno solo, o quizá un puñado, logren merecer alguna persona que los deguste y se apropie de ellos. Porque esa es la máxima aspiración de un escritor de aforismos: que al menos una de sus criaturas sea guardada en el estuche de la memoria de un lector y que él la pueda recordar en cierta situación concreta, así como sacamos del bolsillo una golosina cuando tenemos hambre y percibimos un ligero mareo. Qué ambicioso e ingenuo soy, pero como dice el aforismo de Jules d’Aurevilly: “La esperanza, esa prostituta”.

Se pide con prontitud la eutanasia del abuelo, pero se mima al perro ciego y descaderado hasta su último ladrido.

*

Al nacer ya era un deudor moroso.

*

Cuando se tiene que construir una previa escenografía de cepos, cadenas y máscaras para el deleite sexual, sin lugar a dudas la impotencia ha estrangulado a la concupiscencia.

*

El escritor que no respeta el silencio es un charlatán.

*
Clasificamos lo que no comprendemos.

*
Cuando la fe en los hombres se agota, queda Dios. Cuando la certeza en Dios se extingue, queda la historia. Cuando la historia se olvida, vuelve la magia. Estamos condenados a los círculos viciosos.

*
Tenía miedo de que su muerte solo fuera el festín de los gusanos, pero sentía más pavor de encontrarse con Dios y no poder reconocerlo.

*
Dominaba el arte de las metamorfosis. Soñaba con unicornios y vomitaba sapos.

*
El verdugo añora los cuentos de hadas.

*
De la influencia de Gandhi hoy solo queda su método de adelgazar.

*
La felicidad tiene la intensidad y la fugacidad de las feromonas.

*
Nos hemos envilecido tanto que ya nadie entiende lo que significa “traidor”.

*
A veces, cuando leo las repetitivas expresiones de odio del escritor F. V. contra todo, pienso en un hombre inteligente con hemorroides que busca un culpable para su dolor.

*
Signos de la crisis de nuestra civilización: confundimos al bufón con el estadista y al asesino con el guerrero.

*
Khayyam, al igual que Séneca, Píndaro y Diógenes, entre otros sabios, coinciden en una

enseñanza aplicable a todos los tiempos: comprender la vida humana implica reconocer su brevedad. Descubrir que en lo simple de la existencia se encuentra su sentido. Si tenemos hambre comamos, si sentimos sed bebamos, si deseamos amar amemos. Vivir con intensidad cada instante, sin querer poseerlo todo ni a nadie, pues como dijo hace siglos Lun Yu Fu: “un hombre puede ser dueño de miles de hectáreas de tierra, pero solo necesita de una cama de menos de dos metros para dormir bien”.

*
Escribir novelas es el arte de resistir, persistir, insistir y tener los ojos abiertos. La novela es el único género literario que es capaz de atrapar fragmentos móviles de la vida entre los cristales opacos de la escritura.

*
Los filósofos contestan con autoridad lo que los poetas ni siquiera se atreven a preguntar.

*
El siglo xx fue una pesadilla kafkiana. El siglo xxi es una terrible noche de insomnio de Franz Kafka.

*
El laberinto es la propia mente. En cada uno habita el Minotauro y su verdugo Teseo.

*
Soy hijo y padre de mi biblioteca.

*
Contra la intoxicación de sobreinformación existe un antídoto eficaz: un solo “apunte” de Canetti, rumiado con lentitud, degustado en total soledad, y guardado en el estuche del silencio.

*
Los poetas han sido siempre los primeros en intuir dos hechos que persisten en la humanidad: nuestra condición de viajeros existenciales perdidos y las transformaciones continuas que sufrimos como especie.



La inscripción de Delfos. "Γνώθι σεαυτόν" (Conócete a ti mismo)

*

La prepotencia de la juventud se cura con el reumatismo de la vejez.

*

La narrativa del siglo xx no fue original ni en su escatología erótica. La crudeza de Henry Miller, de Charles Bukowski y de William Burroughs proviene de los epigramas de Marco Valerio Marcial. El "coño parlante" de *Trópico de Cáncer*, las féminas de *La máquina de follar*, los sodomitas del *Almuerzo desnudo*, todos ellos ya estaban descritos en los trazos breves y eternos del ironista del siglo I y vecino de Calatayud.

*

La única *saudade* auténtica es la infancia olvidada. La infancia recordada es un dispositivo literario.

*

Ovidio, Virgilio, Dante nos hablan de cuerpos que cambian sus formas, de seres que algún día fueron humanos y ya no lo son. La evolución de Darwin ha sido anticipada por los poetas. Ahora

son los hombres huecos de T. S. Eliot, los hombres-máquina de los surrealistas, los fragmentos vivos de René Char, las mentes cibernéticas y los "fantasmas semióticos" de William Gibson. Las palabras de los poetas son hologramas de sentido, que en una sola letra guardan la totalidad de las metáforas del corazón humano.

*

La única cultura auténtica que nos queda es la "cultura de la muerte". De allí ese paradójico y envilecido gesto de los humanistas de celebrar la eutanasia como un gran acto de dignidad humana.

*

Un mes sin agua en la ciudad y surgen los colmillos y los lenguajes guturales. Del siglo XXI se regresa a la prehistoria a través del agujero negro de las dificultades vitales.

*

La enciclopedia de la verdad es aforística y la de la maldad es laberíntica.

*
Desde el punto de vista del conocimiento y de la literatura no tiene ninguna validez actual la dicotomía histórica entre centro y periferias, entre capitales y provincias. Solo quedan las mentalidades “provincianas” y las “universales”, que no dependen ya del sitio geográfico donde se habita.

*
El cíclope no cree en la ley del tali3n.

*
Dime qu3 sueñas y te revelar3 el nombre de tu antidepressivo.

*
La sonrisa vertical nunca es sard3nica.

*
Los tartamudos no escriben aforismos, pero los piensan.

*
Todo aforista es, en el fondo, otro Honorato de Balzac contenido.

*
Los c3nicos de ahora no duermen en toneles sino en mansiones.

*
Dios es una palabra poderosa, as3 seamos ateos o agn3sticos. Pero ha sido domesticada por los sacerdotes de todas las iglesias.

*
Un moralista no puede tener enemigos *a priori* ni amigos *a posteriori*.

*
Ha llegado la senectud cuando se olvida el rostro del primer amor.

*
Cada libro tiene su olor personal y una biblioteca es tambi3n un *collage* de aromas y maderas.

*
Los estados de 3nimo son m3s fugaces que las corrientes de aire. Por eso los psiquiatras se asemejan a los meteor3logos.

*
La imaginaci3n del fil3sofo es un agujero en la suela del zapato del poeta.

*
Era una amante extrema. Pasaba del orgasmo al ataque epil3ptico en tres segundos.

*
Para el te3logo las nubes son 3ngeles t3midos. ■

Orlando Mej3a Rivera (Colombia)

M3dico internista, profesor titular del programa de Medicina de la Universidad de Caldas, escritor e historiador de la medicina. Algunas de sus obras son *Antropolog3a de la muerte* (1987), *Humanismo y antibumanismo* (1991), *3tica y sida* (1995), *Poes3a y conocimiento* (1997), *La Casa Rosada* (1997), *La muerte y sus s3mbolos* (1999), *De la prehistoria a la medicina egipcia* (1999), *De clones, ciborgs y sirenas* (2000), *Pensamientos de guerra* (2000), *Heinz Goll: Das vagabundieren des Kunstlers* (2001), *La generaci3n mutante: nuevos narradores colombianos* (2002), *Los descubrimientos serend3picos* (2004), *Extraños escenarios de la noche* (2005), *El asunto Garc3a y otros cuentos* (2006), *Recordando a Bos3* (2009), *La medicina arcaica* (2016).

